FL 33 23

Comenzamos ahora el tiempo de la revista de Filología. Cada semana dedicamos 30 minutos aproximadamente a tratar temas relacionados con lengua y literatura en este tiempo coordinado por la Facultad de Filología. Intentamos llegar a todos los alumnos que cursan Filología a través de la UNED para ayudarles en el desarrollo de sus estudios.

El espacio de hoy constará de dos partes. En primer lugar vamos a tratar de la figura de Rufino José Cuervo, filólogo y lingüista colombiano del siglo XIX. El profesor de lengua española Teodicelo Chacón elaboró el texto que sirve de base a este espacio.

Estamos en la primera mitad del siglo XIX. En todos los rincones de la América hispana surgen movimientos de insurrección contra la metrópoli. Agitaciones políticas de independencia que van acompañadas a menudo de atentados contra la religión y la cultura.

Golpes de estado que hacen caer en desgracia de la noche a la mañana a los más favorecidos. Este ambiente de inquietud y zozobra acompaña la llegada al mundo de Rufino José Cuervo, el Benjamín de los Cuervos, que nace en Bogotá el año 1844. Es hijo del doctor Rufino Cuervo, prestigioso y eficiente político que llegó a ser vicepresidente de la República.

El doctor Cuervo era además un hábil diplomático, un experto hombre de estado y un amante de las letras y de la cultura. Se cuidó de estas últimas creando en su país instituciones docentes y organizando planes de estudio. Él mismo se dedicó a la enseñanza y educación de sus hijos cuando la situación del país obligó a la clausura de escuelas y academias por la expulsión de los religiosos que las regentaban.

De su padre aprendieron los Cuervo gramática y geografía, junto con una profunda religiosidad, gran afición a la ciencia y un intenso patriotismo. Lamentablemente, Rufino José sólo pudo disfrutar de este privilegio hasta los nueve años de edad, en que la muerte le deja privado de la ayuda de su padre. A partir de este acontecimiento, la situación económica familiar fue empeorando hasta alcanzar puntos angustiosos en algunos momentos.

Rufino José se recluía en el hogar y leía incansablemente. Por su solo esfuerzo y tesón, adquirió un amplio conocimiento de los clásicos latinos, una vasta cultura lingüística y una sólida documentación en otras disciplinas. A través de las obras que publicó, se aprecia la diversidad y profundidad de sus conocimientos.

Por ellas comprobamos la puntual noticia que poseía de la filología y de la lingüística general y comparada, imperantes entonces en Europa. Incluso, mientras residió en su patria, el contacto con la ciencia europea fue continuo. En 1878, Rufino José y su hermano Ángel emprenden una gira por el viejo continente.

Permanecen en él más de un año. En este tiempo visitan varios países europeos y Rufino José aprovecha la oportunidad para entrevistarse con varios lingüistas prestigiosos. Al mismo

tiempo, adquiere los últimos libros publicados sobre su especialidad ya definida, la filología.

Vuelven de nuevo a Bogotá, pero al cabo de tres años, deciden trasladarse definitivamente a Europa. Se afincan en París y se acomodan los dos en una misma vivienda. Rufino José se consagra a la elaboración paciente, tenaz y minuciosa de su diccionario.

Su callada labor experimenta un sobresalto en 1896, al producirse la muerte de su hermano Ángel. Rufino continúa trabajando en su obra lexicográfica hasta que en 1911 le sobreviene la muerte, sin haber cumplido los 67 años. Cuervo compone con Andrés Bello y con Miguel Antonio Caro el trío de humanistas más relevante de Hispanoamérica.

Fue precisamente Rufino José quien estableció, directa o indirectamente, la relación con los otros dos escritores. Colaboró con Caro en la redacción y composición de una gramática de la lengua latina, y completó el pensamiento gramatical de Bello, escribiendo unas notas a la gramática de la lengua castellana de don Andrés Bello. Gracias a su esfuerzo personal, adquirió ya en su país las ideas lingüísticas del siglo XIX, a pesar de hallarse en un ambiente social y político ajetreado e inseguro.

Todo el movimiento científico del XIX constituye el trasfondo de la obra del filólogo colombiano. Tanto el empleo del método comparativo, propugnado por Frank Bobb, como la consideración histórica de la lengua debida a Grimm, o la concepción naturalista del lenguaje, típica de Augusto Schleicher, son tres supuestos metodológicos importantes en la doctrina gramatical de Cuervo. Así lo observa Fernando Antonio Martínez en los comentarios que hace sobre nuestro autor.

Cuervo utiliza en su obra, con plena conciencia y con sagacidad, los métodos científicos imperantes. Con ello enjuicia y analiza la lengua española de modo diferente al tradicional, más o menos empírico, aplicándole un tratamiento metodológico sustancialmente igual al que otros sabios e investigadores aplicaron a otras lenguas. Impuso, en la consideración del castellano, peninsular y americano, y de sus fenómenos, una visión amplia, históricamente fundada, que diera por resultado una más viva idea de la unidad de lengua y espíritu, al despecho de los particularismos geográficos y de las diferencias debidas al estilo o jerarquía social.

La preocupación de Andrés Bello por la unidad de la lengua americana aparece también como una constante en los ideales lingüísticos de Cuervo. Su gramática latina, destinada a los que hablan castellano, muestra la continuidad de los fenómenos gramaticales a través del latín. Así, lo castizo y peculiar de Hispanoamérica, más que delatar la desunión lingüística, contribuye a reafirmar la unidad, puesto que, por vía de génesis histórica, se funda, en último término, en una lengua unitaria y coherente, el latín.

Cuervo escribe las notas a la gramática de Bello con el propósito de actualizarla y rectificarla en aquellos puntos que él considera superados. De acuerdo con las doctrinas de su siglo, concibe la lengua como un organismo natural que se desarrolla y se transforma como un ser vivo. El lenguaje no es ya un mecanismo inerte y sin vida, puramente sujeto a normas inmutables.

Todo se muda en él, la pronunciación, la escritura, la morfología, las acepciones de las voces, la sintaxis y, por lo tanto, la nomenclatura y las reglas de una lengua no siempre son aplicables a otra. Cada lengua tiene, pues, según él, su propio dinamismo y las peculiaridades gramaticales que la hacen independiente de las demás. Los principios básicos contenidos en las notas a la gramática de Bello los declara Cuervo con estas palabras.

Las categorías gramaticales tienen por fundamento las categorías psicológicas, pero no siempre se corresponden exactamente. Todas las palabras, y también las frases y oraciones, se asocian en nuestro entendimiento constituyendo grupos ya en razón de su forma, ya en razón de su significado, ya de uno y otro. Este principio de asociación, designado con el nombre de analogía, tiene influencia suma en la vida del lenguaje.

Procedimiento parecido al de la analogía es el de la fusión o contaminación que consiste en que, ofreciéndose simultáneamente al entendimiento dos términos o expresiones inónimas, en vez de escoger una de ellas, formamos otras mezclando los elementos de ambas. Cuervo busca la explicación de muchos hechos del lenguaje en la analogía, la psicología o la contaminación lingüística. En su obra Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, Cuervo continúa preocupado por la unidad del español.

Es preciso fomentar los estudios que tienden a conservar la pureza de la lengua para que ésta sea más vehículo que barrera de las ideas. Mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes. Y cuando varios pueblos gozan del beneficio de una lengua común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, es hacerlos uno solo.

Buscando esta uniformidad, Cuervo presenta a la lengua de Castilla como el modelo que debe ser copiado y seguido por ser cuna del idioma y por poseer abundancia de escritores de hacendrado y óptimo estilo. Con esto, Cuervo no menosprecia la lengua de su país ni de las naciones hermanas, pues escribe... En Bogotá, como en todas partes, hay personas que hablan bien y personas que hablan mal. Y en Bogotá, como en todas partes, se necesitan libros que, condenando los abusos, vinculen el lenguaje culto entre las clases elevadas y mejores al chavacano de aquellos que, por la atmósfera en que han vivido, no saben otro.

¿Y en otro lugar? El lenguaje literario ejercita para con el familiar oficios de nivelador y moderador. Lo primero, ofreciendo un tipo uniforme a las distintas comarcas. Lo otro, templando la rapidez con que, entregada a sí misma, corre la lengua a la desviación dialectal.

Cuervo escribe animado por el deseo de mantener la uniformidad lingüística de Colombia, de Sudamérica, de todo el mundo hispánico. Observa y anota las deformaciones, los yerros, las incorrecciones lingüísticas. Las estudia desde el punto de vista gramatical e investiga históricamente su etimología.

Busca antecedentes escritos. Y así, lo castizo, o específicamente americano, que era inmerso en la corriente de evolución lingüística del castellano. Cuervo se señala como meta corregir las

impropiedades e incorrecciones del castellano.

Muchas, que parecían germen de disconformidad y desunión, no son más que pruebas fehacientes de la unidad del idioma aquén de y allén del océano. Al aplicar a los estudios lingüísticos criterios científicos, comprueba que la gramática, por ser normativa, no puede solucionar las impropiedades e incorrecciones. Estas forman parte de la evolución que es continua e intrínseca a la lengua, como un organismo vivo.

Nunca puede detenerse el movimiento incesante del lenguaje, acaba por afirmar. Cuervo, quien en sus primeros escritos había tratado con optimismo acerca de la unidad del idioma, afirma al fin, no sin cierta resignación, que la disgregación del castellano es algo fatal e inevitable y que correrá la misma suerte que el latín. Rufino José Cuervo utiliza el método comparativo, la consideración histórica de la lengua y la concepción naturalista del lenguaje.

Son tres supuestos metodológicos en la doctrina gramatical de Cuervo. Analiza la lengua española de modo diferente al tradicional, aplicando el tratamiento metodológico que otros investigadores aplicaron a otras lenguas. Da una visión amplia de la lengua castellana, tanto peninsular como americana.

Escribe las notas a la gramática de Andrés Bello, con el propósito de actualizarla en los puntos en los que, a su juicio, estaban superados. Concibe la lengua como un organismo natural, que se desarrolla y se transforma como un ser vivo. En esta segunda parte del espacio de filología, vamos a tratar ahora de la labor científica de Menéndez Pidal, Teodicelo Chacón elaboró el texto que les ofrecemos a continuación.

Cuando aludimos a Menéndez Pidal, se le sitúa instintivamente como rector de la Real Academia de la Lengua. La popularidad le vincula al más alto organismo lingüístico de la nación, que presidió a lo largo de unos 32 años, repartidos entre 1925 y 1936 la primera vez, y desde 1947 hasta su fallecimiento en 1968. Don Ramón había nacido en La Coruña en 1869.

Allí estaba destinado su padre, que pertenecía al cuerpo jurídico. Pero los Pidal se sienten asturianos. El padre era de Pajares y la madre de Villaviciosa.

En Asturias pasaban el verano el matrimonio y sus 11 hijos. Después de fallecer el padre, se establecieron definitivamente en Madrid. Aquí terminó Ramón el bachillerato e hizo su carrera universitaria hasta el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense.

Aquí fue alumno de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sus brillantes estudios junto al maestro Montañés dieron muy pronto sus frutos. A los 24 años aproximadamente, la Real Academia premiaba su primer ensayo sobre el poema del Cid.

A los 27, la Academia de la Historia le otorgaba un premio por los valores historiográficos contenidos en su obra La Leyenda de los Infantes de Lara. Ganó la Cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid a los 30 años y dos más tarde ingresaba en la Real

Academia de la Lengua. Su discurso de entrada versó sobre fuentes de Tirso de Molina en su obra El Condenado por Desconfiado.

En la coronación de carrera de tan brillante discípulo estuvo presente el maestro. La contestación al discurso de ingreso estuvo a cargo de Menéndez y Pelayo. Un paso más y tenemos a Don Ramón, muy joven, ocupando un escaño en la Academia de la Historia.

La personalidad científica de Menéndez y Pelayo es polifacética y se inscribe en la trayectoria de erudición y crítica que habían cultivado Milá y Fontanals en el siglo XIX y Marcelino Menéndez y Pelayo en el paso del XIX al XX. El erudito Milá y Fontanals investiga con tenacidad y documenta los orígenes de las literaturas romances, la configuración de las epopeyas nacionales y otros problemas literarios del medioevo. Desempeña en nuestra épica el mismo papel que desempeñaron en la francesa Gaston París y Léon Gautier.

Sus teorías literarias, sus criterios y observaciones fueron conocidas por Marcelino Menéndez y Pelayo que asistió a las lecciones de este docto profesor de la Universidad de Barcelona. Con este bagaje cultural previo, Don Marcelino hace confluir en él las corrientes más genuinas del espíritu nacional con las corrientes intelectuales del nuevo estilo. Revisa y actualiza lo religioso, lo filosófico, lo político y lo literario de la cultura nacional y se constituye en lo más destacado de la crítica y de la historia patrias.

A través de sus lecciones de historia de la literatura en la Universidad de Madrid, transmite a Don Ramón sus amplios conocimientos y fecundos criterios de investigación literaria y de crítica histórica. De esta suerte, se establece la más fecunda relación maestro-discípulo de la moderna cultura española. El amplio y profundo saber que Pidal adquiere en las aulas comienza a irradiar muy pronto desde su Cátedra de Filología Románica o desde el Centro de Estudios Históricos.

Escribe en las páginas de la Revista de Filología Española y colabora en las actividades culturales del Ateneo. Los incontables viajes fuera de nuestras fronteras y las muchas conferencias que pronuncia aquí y allá ofrecen ocasión propicia para exponer los resultados de su labor investigadora y sus teorías sobre historia y literatura de la Edad Media Española. Publicó más de 500 obras entre libros y ensayos.

A través de ellas, nos descubre Pidal el vigor de su vena filológica, su profundidad y perspicacia como historiador y la agudeza de sus trabajos de crítica literaria. Como filólogo y lingüista, destaca en su obra orígenes del español. En ella, escribe sobre el origen, la formación y desarrollo de la lengua en la península hasta la producción de su primera obra de relieve en el Poema del Cid.

Basa sus argumentos en un estudio exhaustivo y en una variada documentación. El idioma español se formó muy lentamente por integración del trabajo lingüístico realizado en las varias comarcas españolas. El lenguaje vulgar, como planta espontánea, fue naciendo sobre las distintas porciones del suelo peninsular con caracteres bastante diversos.

Nacía en torno a los distintos centros culturales que, por su mayor actividad política, social y literaria, podían constituirse en foco de irradiación para el uso idiomático. La unificación de esas varias modalidades así creadas se logra merced al multisecular proceso histórico en que las diversas comarcas van realizando su comunidad de destino. El fenómeno del nacimiento cae de lleno bajo nuestro campo de estudio, pero del proceso unificador sólo nos tocan los primeros momentos, los menos conocidos, misteriosos aún y, por eso, doblemente interesantes.

Y con esta misión de rastrear lo oscuro en el nacimiento de la lengua española, Vidal se dedica a la tarea de estudiar el siglo X y su maraña de misterio y sombra en torno a la lengua. Sobre este origen primigenio escribe el maestro. El fondo primitivo del idioma español, su elemento esencial, es el latín vulgar, propagado en España desde fines del siglo III a.C. No debe confundirse con el latín que se escribía en la decadencia del imperio ni mucho menos con el bajo latín que se usaba en la Edad Media.

El latín vulgar no se diferencia del clásico por la fecha, pues es tan antiguo y más que el latín literario. Vivió siempre al lado de él, aunque no siempre igualmente divorciado de él. En otra obra de indudable importancia también para los estudios lingüísticos, gramática histórica española, justifica de manera definitiva el origen latino de nuestra lengua.

Al desmembrarse el Imperio Romano, se siguió hablando el latín en gran parte de él, a pesar de haber sufrido invasiones de pueblos extraños. Y podemos decir que aún hoy día siguen hablándolo, claro que muy transformado y de diversa manera en cada una de las provincias. Defiende la teoría de la unidad lingüística hispana durante la época visigoda y después de la invasión árabe.

Lo comprueba en el parecido entre los dialectos mozarabes del sur y los dialectos gallego, leonés, castellano, navarro y catalán al norte. Supone que entre todos los elementos antiguos y advenedizos se produjo una asimilación mutua. El equilibrio se rompió, según Pidal, al comienzo de la Reconquista.

El dialecto castellano viene a erigirse en norma para los pueblos conquistados a los que se les imponen sus variantes, lo mismo que el condado de Castilla, convertido en reino, impone su ley. Por esta irrupción del castellano en las tierras conquistadas se produce una división clara en dos bloques, este y oeste, separados por la cuña donde el castellano impone sus normas. Como obras de crítica literaria hemos de citar Poesía juglaresca y juglares, en que hace revivir magistralmente la lírica medieval y La leyenda de los infantes de Lara, que contribuye al esclarecimiento de nuestra épica.

Pero la obra maestra es El cantar de Mío Cid. Nos muestra en su estudio un caudal inmenso de conocimientos paleográficos e históricos. Aplicó los métodos más rigurosos de investigación histórica y crítica literaria sin reparar en dificultades de ningún tipo hasta llegar a la lectura del texto.

Dedica el primer volumen a la fijación del texto, el segundo a la gramática y el tercero lo consagra al vocabulario de esta obra maestra del siglo XII. En obras históricas como La espada del Cid resucita con mano maestra para los lectores personajes tan importantes como El Cid, Doña Jimena, Alfonso VI y las campañas de los reyezuelos valencianos, aragoneses o los condes catalanes en su lucha contra los árabes. Después de los estudios de Pidal nos formamos una idea distinta de la vida en la sociedad medieval.

A través de la lengua estudia la literatura y con la ayuda de ambas profundiza en la historia de esta parcela de la historia de España. Su método minucioso de trabajo y su labor analítica especializada han elevado los estudios lingüísticos e históricos de nuestro país a la altura de los más avanzados de Europa. De sus lecciones ha surgido una secunda escuela de investigadores que prolongan el trabajo del maestro tanto en historia como en filología y crítica literaria.

La personalidad científica de Menéndez Pidal se inscribe en la trayectoria de erudición y crítica que habían cultivado Milay Fontanals en el siglo XIX y Marcelino Menéndez y Pelayo en el paso del siglo XIX al XX. Pidal se dedica a estudiar el siglo X y su maraña de misterio en torno a la lengua. Defiende la teoría de la unidad lingüística hispana durante la época visigoda y después de la invasión árabe comprobándolo en los diarectos mozarabes del sur y los diarectos gallego, leonés, castellano, navarro y catalán al norte.

Al comienzo de la reconquista el castellano se erige en norma para los territorios conquistados. Su obra maestra es el estudio sobre el cantar de Mío Cid en el que muestra un inmenso conocimiento paleográfico e histórico aplicando la crítica literaria. A través de la lengua estudia la literatura y con esto profundiza en la historia de España en una labor científica singular.

Hasta aquí el tiempo dedicado por la UNED a la Facultad de Filología. Volvemos el próximo lunes a nuestra hora habitual con un nuevo espacio de lengua inglesa a cargo de la profesora María Lozano. Nada más por hoy.

Gracias por su atención y buenas noches.